

Anatole France



La Sociedad Comunista



IMPRESA DE
«EL SOCIALISTA»

ANTOFAGASTA, COVADONGA NUEVA 349.

1922

UNA UTOPIA COMUNISTA

Anatole France es, además de gran artista, un gran corazón. Convertido al socialismo en los agitados días en que se debatía en Francia el asunto Dreyfus, mantiene inquebrantable su fé socialista a los 76 años de edad. La guerra, que perturbó tantas inteligencias y torció tantas voluntades, no ha oscurecido su clara visión. Todas las páginas que ha escrito desde 1914, están inspiradas en los mismos ideales que inspiraron sus libros y discursos revolucionarios de antes de la guerra. Los diarios traían semanas atrás sus más recientes declaraciones sobre la actual situación del mundo y en ellas no se desdice Anatole France de su robusta confianza en la verdad del socialismo.

Dijo a un corresponsal yanqui, según un telegrama de «La Nación» del 5 de Setiembre:

«El reemplazo del capitalismo por el socialismo es lo único que puede salvar a Europa. La guerra es una consecuencia de la lucha comercial, que no puede ser eliminada sino mediante la eliminación del capitalismo».

Cobra por eso particularismo interés la pequeña novela que de él publicamos en este folleto. Es una utopía comunista. Anatole France nos transporta en el año 2270, que es el año 220 de la

Federacion de los Pueblos, y nos describe a grandes rasgos, pero con toques luminosos, aquella era de paz y dicha que él presiente. Apareció esta novela hace quince años y está ahora de actualidad como nunca, porque la humanidad vive las largas y angustiosas horas de la crisis en donde se quema un mundo apestado del espíritu de dominacion y se anuncia el advenimiento de otro en que la utopía de France podrá ser en muchas partes realidad.

El maestro no la publicó por separado. Ella forma parte de uno de sus mas hermosos y sustanciosos libros, el titulado «Sobre la piedra imaculada», menos leído de lo que pudiera ser. Esta novela, que puede desligarse del conjunto, es el último capítulo del libro.

No cabe duda que entran en esta utopía, como en todas, muchos elementos fanáticos, pero tambien debemos reconocer que Anatole France, profundo conocedor de las doctrinas socialistas, no adelanta ninguna hipótesis que no sea razonable y no tenga por premisas suficientes las condiciones del mundo en que vivimos y aquellas mismas doctrinas. Entre las muchas utopías que han sido escritas, ésta, que es de las mas recientes, es tambien de las mas serias y posibles.

Donde el maestro erró en cierto modo fué en la prevision de como se produciría el paso de la sociedad capitalista a la sociedad colectivista. Como muchos, él, en 1905, si bien viviendo en pleno régimen de la paz armada, el cual nos ha llevado a la monstruosa conflagracion universal, no se atrevió a creer en el desencadenamiento de la guerra. Y ciertamente, producida la gran guerra, el curso de los acontecimientos ha cambiado por completo.

El lector encontrará en este folleto una lectura

amena e instructiva. Instructiva, porque esta utopía ha sido concebida por un espíritu práctico y perpicaz, que sin forjarse demasiadas ilusiones sobre la naturaleza humana, acierta a sondear las tinieblas que nos velan el porvenir; y amena, porque Anatole France es maestro en el arte difícil de enseñar deleitando y ha sembrado su narración de rasgos de discreto humorismo, tal por ejemplo aquel con que la novela concluye, por el cual se nos muestra a las mujeres igualmente diestras en todo tiempo en el amor y la coquetería, aun la futura sociedad comunista.

LOS EDITORES.



En el año 2270

Era próximamente la una de la madrugada. Antes de acostarme abrí el balcon y encendí un cigarro. El zumbido de un auto, al cruzar por la avenida del Bosque de Bolonia, rompió el silencio. Los árboles mecían sus copas oscuras y refrescaban el ambiente. Ningun murmullo de insecto, ningun rumor vital se alzaba sobre el suelo estéril de la ciudad. Engalánabase la noche con un cielo estrellado. En la transparencia del aire resplandecían, mas que en otras noche, los fulgores de color muy vario y vivo. La mayor parte de las estrellas eran blancas, pero tambien las había anaranjadas y amarillentas como lámparas moribundas. No pocas eran azules, y ví una de un azul tan pálido, tan limpio, tan suave, que retuvo mi vista. Siento no saber como se llama, pero me consuela pensar que los astrónomos no dan a las estrellas su verdadero nombre. Imagino que cada una de esas gota de luz alumbrá mundos, y reflexiono si, como nuestro Sol, tambien alumbran infinitas amarguras, y si el dolor invade los abismos del cielo. Solo podemos juzgar los mundos del espacio por el nuestro, solo conocemos la vida bajo las formas que reviste la Tierra, y aun supongamos a nuestro planeta de los

peores, nos hay bastantes motivos para pensar que todo anda perfectamente en los otros, ni que sea una dicha nacer bajo los rayos de Altai, de Betelgaso o del ardiente Sirio, cuando ya conocemos por experiencia la desdicha de abrir los ojos sobre la Tierra, a la luz de nuestro viejo Sol.

Y no hablo así porque me parezca mi suerte mas infeliz que la suerte de otros hombres. No tengo mujer ni hijos. No tengo amores ni enfermedades. No soy muy rico, no frecuente la sociedad. Puedo contarme, por consiguiente, entre los dichosos. Pero los dichosos no disfrutan mucho en la vida; ¡cuál será el disfrute de los desdichados! Los hombres son verdaderamente dignos de lástima. No se lo reprocho a la Naturaleza; (imposible hablar con ella: no es inteligente); ni culpo tampoco a la Sociedad; y considero una inocentada oponer la Sociedad a la Naturaleza. Es tan absurdo poner en oposición la naturaleza de los hombres, como la naturaleza de las hormigas y la sociedad de las hormigas, la naturaleza de los arenques y la sociedad de los arenques. Las sociedades animales tienen su fundamento necesario en la naturaleza animal.

La Tierra es el planeta donde se come: es el planeta del hombre; por esto los animales que la habitan son ansiosos y feroces; pero solo el mas inteligente de todos, el hombre, es avaro. La avaricia es hasta el presente la primera virtud de las sociedades humanas y la obra maestra moral de la Naturaleza. Si yo supiera escribir, escribiría un elogio de la avaricia; y en verdad, no sería un libro muy nuevo; los moralistas y los economistas le han escrito cien veces; las sociedades humanas tienen por base angusta la avaricia y la crueldad.

En los otros universos, en esos mundos innumerables de éter, ¿sucede lo mismo? ¿Todas las

estrellas que yo veo alumbran mundos poblados por hombres? ¿Se come y se destruye en el infinito? Esta duda me desazona, y no puedo mirar sin espanto ese rocío de luz suspendido en el firmamento.

Mis ideas poco a poco se endulzan y se aclaran; el concepto de la vida en su sensualidad ya violenta, ya suave, me seduce. Supongo algunas veces que la vida es bella. Si no fuese bella, ¿cómo apreciaríamos sus fealdades? ¿Y cómo pensar que la Naturaleza es mala sin pensar al mismo tiempo que es buena?

Desde hace un rato, las frases de una sonata de Mozart suspenden en el aire sus columnas blancas y sus guirnaldas de rosas. Tengo por vecino a un pianista que todas las noches interpreta obras de Mozart y de Gluck. Cierro el balcon, y mientras me aseo reflexiono en los inciertos placeres que mañana podré ofrecirme. De pronto; recuerdo que hace ya ocho días me invitaron a almorzar en el Bosque; reflexiono vagamente que la invitación es para mañana. Quiero asegurarme. busco la carta en que se me invita; la dejo abierta sobre la mesa.

Dice así:

«16 de Setiembre de 1903.

«Mi querido Dufresne:

«Te agradeceré que vengas a almorzar, etc., etc, «el sábado próximo, 23 de Setiembre, etc., etc» Es mañana.

Llamo a mi criado, y le digo:

—Juan: mañana despiértame a las nueve.

Precisamente mañana 23 de Setiembre de 1903. cumpliré treinta y tres años. Despues de lo que llevo visto en este mundo, casi puedo imaginarme lo que me queda por ver. Sin duda será un espectáculo mediocre. Puedo predecir, sin riesgo a

equivocarme, los asuntos de conversación que sostendremos mañana en el «restaurant» del Bosque. No dejaré de oír sin duda: «Yo corro a sesenta por hora.—Blanca tiene un carácter muy perro, pero no me engaña; estoy seguro.— El Ministerio trata solamente de agradar a los socialistas.—Los caballos, a la larga me aburren; el bacarat es mucho mas divertido,— Los obreros no pueden quejarse; ahora el gobierno les da siempre la razon.—Te apuesto a que «Alfiler de Oro» ganará a «Ranavalo.—Lo que yo digo es que no se encuentra un general para barrer toda esa gentuza.—¿Qué quieres? Francia se ha vendido a los judíos, a Inglaterra y a Alemania».

¡Eso es todo lo que oiré! Tales son las ideas políticas y sociales de mis amigos, los nietos de aquellos burgueses de Julio, príncipes de las fábricas y de las metalúrgicas, reyes de las minas, que supieron enfrenar y someter los impulsos de la Revolución. Mis amigos no me parecen capaces de conservar mucho tiempo el imperio industrial y el poder político legado por sus abuelos. No son muy inteligentes mis amigos. Su imaginación está ociosa. La mía tambien. Hasta el presente no hice nada que valga la pena. Soy como ellos un ignorante y un inútil.

No me siento capaz de nada, y si bien tampoco se apodera de mí la vanidad en que se complacen mis amigos, ni recojo en mi cabeza las tonterías que guardan en sus cabezas; y no me inspiran, como a ellos, odio y horror los ideales: obedece todo a una circunstancia particular de mi vida. Mi padre, poderoso industrial y diputado conservador, cuando yo tenía diez y siete años, me procuró un maestro joven que debía repasarme las asignaturas del bachillerato. Era tímido y silencioso como una señorita, y entre sus lecciones or-

ganizaba la revolución social de Europa. No he conocido ningún hombre tan amable y tan apacible como él. Estuvo mucho tiempo en la cárcel; ahora es diputado. Yo le sacaba copias de sus manifiestos al proletariado internacional. Me dió a leer toda su biblioteca socialista, y me enseñó muchas cosas; no todas eran creíbles. Así me abrió los ojos, y pude ver lo que pasaba en torno mío; me demostró que todo lo venerado en nuestra sociedad es despreciable, y lo que nuestra sociedad desprecia es lo estimable. Quiso hacer de mí un rebelde; pero deduje, contra sus demostraciones, que se debe respetar el engaño y bendecir la hipocresía, los dos apoyos más firmes del orden público. Continué siendo conservador, y mi alma se inundó de hastío.

Mientras me duermo, algunas frases de Mozart casi imperceptibles llegan a mis oídos, y me hacen imaginar templos de mármol entre florestas azuladas.

Desperté, ya muy avanzado el día. Me vestí mucho más rápidamente que de ordinario. Ignoraba yo mismo la causa de mi apresuramiento; me encontré en la calle sin saber cómo. Lo que vi entonces en torno mío produjo una sorpresa tal, que dejó en suspenso todas mis facultades reflexivas; y gracias a la imposibilidad de reflexionar, mi sorpresa no fué en aumento. Sin duda tomará pronto desmesuradas proporciones y se trocará al fin en estupor y en espanto, si yo conservare uso de razón; de tal manera el espectáculo que se desarrolló ante mis ojos fué distinto de lo que debía ser. Todo lo que rodeaba era nuevo, desconocido, extraño. Los árboles, el césped que a diario veía yo, habían desaparecido.

Donde las vísperas se alzaban las altas fachadas grises de la avenida, extendíase una hilera caprúa

chosa de casitas de ladrillo, entre jardines. No me atreví a volver para cerciorarme de si aún existía mi casa, y me fuí derecho hasta la Puerta Delfina. No la encontré ya. En aquel punto el bosque se había transformado en un villorrio. Avancé por una calle que me pareció ser la antigua de Suresnes. Las casas, de un estilo extraño y de una forma nueva, demasiado reducidas para ser habitadas por gentes de consideración, tenían sin embargo adornos de pintura, escultura y loza resplandeciente. Había en todas ellas un terrado cubierto. Seguí la frondosa calle cuyas curvas ofrecían aspectos encantadores. La cortaban oblicuamente otras calles sinuosas; no había trenes, ni autos, ni coches de ninguna especie, pero cruzaba el suelo una muchedumbre de sombras. Alcé la cabeza y ví enormes pájaros y peces que se deslizaban rápidos y numerosos en el aire; y el cielo parecía un océano. Cerca del Sena, cuyo cauce había sido desviado, encontré un grupo de hombres vestidos con blusas cortas atadas a la cintura y calzados con altas polainas; todo me hizo suponer que iban con traje de faena, pero tenía apariencia gallarda y más desenvoltura que nuestros obreros. Observé que había también mujeres en el grupo, y lo que al pronto no me permitió diferenciarlas era que vestían como los hombres; sus piernas me parecieron largas y firmes, y todas sus curvas poco pronunciadas, como las de las yanquis. Aun cuando aquellas gentes no tenían expresión adusta, las mire con espanto; las consideré más extrañas que ninguno de los innumerables desconocidos, con los cuales me había cruzado sobre la tierra. Para no ver ningún rostro humano emboqué por una calle solitaria, y llegué pronto a una glorieta donde había mástiles con gallardetes rojos que ostentaban estas dos palabras en letras de oro: «Federa-

ción Europea». Pendían de los mástiles cartelones adornados con emblemas pacíficos: eran programas de las fiestas populares, prescripciones legales, avisos de trabajos de interés público. Había también horarios que indicaban la salida de los globos y un mapa de las corrientes atmosféricas trazado el 28 de Junio del año 220 de la federación de los pueblos. Todos los textos hallábanse impresos en caracteres de forma nueva y en un lenguaje del cual yo no comprendía todas las palabras. Mientras yo intentaba descifrarlas pasaron ante mis ojos las sombras de innumerables máquinas que volaban sobre mí. De nuevo levanté la cabeza y en un cielo desconocido, más poblado que la tierra, hendido por los timones, azotados por las hélices y en el cual se alzaba una inmensa corona de humo, ví el sol; y al verle, me dieron ganas de llorar: era la única fisonomía conocida que se me apareció desde que salí de casa. Por su altura deduje que serían las diez. De pronto envolvíame un segundo grupo de hombres y mujeres que no mostraban el aspecto ni el traje de los anteriores, y me cercioré de que las mujeres, aun cuando las haya muy gruesas o muy flacas, ofrecen en su mayoría las apariencias de andróginos. La ola pasó. De pronto quedóse la plaza desierta, como nuestros arrabales, sólo animados a la salidas de los talleres. En múltiples cartelones leí: «28 de Junio del año 220 de la federación europea». ¿Qué podía significar aquella fecha? Una proclama del Comité federal, con motivo de la Fiesta de la Tierra, me proporcionó datos útiles para comprenderlo. Decía: «Camaradas: no ignoráis cómo en el último año del siglo XX el viejo mundo se derrumbó en un cataclismo formidable, y de qué manera después de cincuenta años de anarquía se organizó la Federación de los pueblos de Europa...» El año 220

de la federación de los pueblos, era el año 2,270 de la era cristiana. El hecho no admitía duda; solo me faltaba explicarlo: ¿Cómo me encontraba yo, de pronto, en el año 2270?

Lo reflexioné mientras andaba al azar.

«No creo haberme conservado, me dije, durante un número tan considerable de años, convertido en momia como el coronel Fougás, ni tampoco manejé la máquina con la cual H. G. Wells exploraba el tiempo. Si he pasado tres siglos y medio en durmiente, como William Morris, no lo podría decir, pues que al soñar se ignora que se sueña. Creo de buena fé que no estoy dormido.»

Estas reflexiones y otras que fuera ocioso recordar, me acompañaban a lo largo de la calle y entre dos filas de verjas de frondosos jardines, donde sonreían las casas rojizas, de formas variadas pero todas igualmente pequeñas. De cuando en cuando veía elevarse en la campiña extensos circos de acero coronados de llama, y de humo. El espanto se cernía sobre aquellas regiones innumerables, y el aire, al vibrar con el vuelo rápido de las máquinas, resonaba dolorosamente dentro de mi cabeza. Aquella calle me condujo a una pradera salpicada de grupos de árboles y cortada por varios arroyos. Algunas vacas pacían. Mientras mis ojos disfrutaban de aquella frescura, creí ver ante mí, por un camino llano y derecho, unas sombras apresuradas. A su paso me azotó el rostro una corriente de aire: eran tranvías y automóviles de infinita velocidad. Cruzé sobre un puentecillo y divagué largo rato por los prados y los bosques. Me creía en plena campiña, cuando descubrí una extensa línea de casas resplandecientes en los linderos del parque. Haléme luego ante un palacio de arquitectura ligera. Un friso esculpido y pintado, que representaba un festín numeroso, exten-

díase por toda la fachada. Ví a través de los cristales muchos hombres y mujeres sentados junto a largas mesas de mármol, donde había preciosas porcelanas de colores. Supuse que sería un «restaurant», y entré. No me apuraban la sed ni el hambre, pero sí la fatiga; y la frescura de aquel salón, tan luminoso y tan bien guarnecido con guirnaldas de frutas, me pareció deliciosa. Un hombre que se hallaba en la puerta me pidió mi bono, y al verme algo turbado me dijo:

—Adivino, compañero que tú no eres de aquí. ¿Cómo te decidiste a viajar sin bonos? Lamento no poder auxiliarte. Habla con el delegado de ajustes, y si estás enfermo, dirígete al delegado de asistencia.

Declaré que no me hallaba enfermo, y me fuí. Un hombre grueso que salía entonces, con un palillo en la boca, me dijo afablemente:

—Camarada: no es preciso que veas al delegado de ajustes; yo soy delegado de panadería de la sección. Hay una vacante; ven conmigo y te daremos trabajo inmediatamente.

Dí las gracias a «mi camarada», le aseguré mi buena voluntad, pero le advertí que no era panadero. Me miró algo extrañado, y me dijo que sin duda me agradaba bromear.

Le seguí. Nos detuvimos ante un edificio de fundición, inmenso, donde había una puerta monumental, y en cuyo frontón se rescataban dos gigantes de bronce: el Sembrador y el Segador. Sus formas eran la expresión de la fuerza sin esfuerzo. Brillaba en sus rostros una arrogancia tranquila, y erguían la cabeza, bien diferentes en esto de los salvajes trabajadores de Constantino Meunier. Entramos en un salón cuyo techo se hallaba a más de cuarenta metros de altura, y donde entre un ligero polvillo blanco, con un

ruido sordo y acompasado, funcionaban las máquinas. Bajo la techumbre metálica se inclinaban los sacos mecánicamente junto al cuchillo que los abría. Depositábase la harina en cubos, donde ligeras manos de acero la amasaban, y la masa luego se distribuía en los moldes que, ya llenos, corrían a hundirse en un horno ancho y profundo como un túnel. Cinco o seis hombres a lo más, inmóviles ante aquel movimiento, vijilaban el trabajo de las cosas.

—Es una vieja panadería—me dijo «mi camarada»—Produce apenas ochenta mil panes diarios, y sus máquinas, de poca potencia, ocupan a mucha gente. Pero no importa. Sube.

No tuve tiempo para pedir órdenes más explícitas. Un ascensor me subió a la plataforma, y apenas había llegado, cuando una especie de ballena volante se paró junto a mí para descargar sacos. Aquella máquina no iba tripulada por ningún ser viviente. Me fijé mucho, y puedo asegurar que no era conducida por un mecánico. Otras ballenas volantes se acercaron con sacos, que ellas mismas descargaban, y que uno tras otro, se ofrecieron al cuchillo que los abría. Giraban las hélices, funcionaba el timon. No había ningún hombre en el timon, ni en la máquina. Oí a lo lejos como un zumbido de avispa, que fué aumentando con rapidez sorprendente. Parecía seguro de su misión el nuevo artefacto, pero mi desconocimiento de lo que tenía que hacer, si por casualidad se equivocaba, estremeciome. Estuve a punto de rogar que me bajasen de allí; me dió vergüenza y no abandoné mi puesto. El sol descendía en el horizonte; serían las cinco próximamente cuando salió a buscarme el ascensor: había terminado la jornada. Recibí un bono de víveres y de alojamiento.

El camarada me dijo:

—Debes tener hambre. Si quieres cenar en la mesa pública puedes hacerlo. Si quieres comer solo en tu cuarto puedes hacerlo también. Si prefieres comer en mi casa con algunos camaradas, dímelo sin escrúpulo y telefonearé al taller culinario para que envíen allí tu ración. Te lo detallo todo para que te enteres, porque te veo un poco desorientado. Sin duda viniste aquí desde muy lejos. Hoy desempeñaste un trabajo sencillo, pero no creas que se gana todos los días el jornal tan fácilmente. Si los rayos Z. que gobiernan los globos hubieran funcionado mal, como a veces ocurre, te ocasionarían alguna mayor molestia. ¿Cuál es tu oficio? ¿De dónde vienes?

Estas preguntas me turbaron extraordinariamente. No podía decir la verdad. No podía presentarme como un burgués procedente del siglo XX. Me hubieran creído loco. Respondí de una manera vaga y confusa, que yo no tenía oficio y que llegaba de lejos, de muy lejos. Mi gordo «camarada» sonrió y me dijo:

—Ya comprendo. No te atreves a confesarlo. Vienes de los Estados Unidos de Africa. No eres el solo europeo que se nos haya escapado; pero esos desertores vuelven casi todos.

Como no respondí nada, mi silencio le hizo suponer que acertó. Invitóme nuevamente a cenar y me preguntó cuál era mi nombre. Le respondí que me llamaba Hipólito Dufresne y sorprendióle oír dos nombres juntos.

—Yo me llamo Miguel.

Luego de haber observado atentamente mi sombrero de paja, mi chaqueta, mis botas y todos mis atavíos, todo ello sin duda empolvado, pero de irreprochable forma, porque no me viste nin-

gun sastre de portal de la calle de las Acacias, me dijo:

—Hipólito, ya sé de dónde vienes: tú has vivido entre negros; porque solamente los negros basutos y los zulús usan tejidos tan espantosos, imponen a sus trajes hechuras tan grotescas, fabrican tan deplorables zapatos y endurecen con almidón la ropa blanca. Sólo entre ellos pudiste aprender a dejarte bigotes y patillitas cuando te afeitas la barba. La costumbre de cortar los pelos de la cara de manera que formen figuras y adornos, deriva del tatuaje y es propia de basutos y zulús. Las provincias negras de los Estados Unidos de Africa se revuelven en una barbarie muy semejante a la que reinó en Francia trescientos cincuenta años atrás.

Acepté la invitación de Miguel.

—Vivo muy cerca, en Solofia —me dijo— Mi areoplano corre mucho; pronto llegaremos.

Me hizo sentar bajo el vientre de un gran pájaro mecánico, y cruzamos el aire con tal velocidad que yo me ahogaba. El aspecto de la campiña era muy distinto del que yo conocí. A lo largo de las carreteras había edificios, y las líneas plateadas de los canales dividían los campos. Lo encontré admirable todo.

—La tierra—me dijo Miguel—produce mucho, porque se le aplica el sistema del cultivo intenso, como se dice desde que la química se aplicó a la agricultura. Se ha discurrido mucho y se ha trabajado durante trescientos años. Para realizar el colectivismo fué indispensable que la tierra produjera cuatro o cinco veces más de lo que produjo en las épocas de anarquía capitalista. Tú, que has vivido entre los zulús y los basutos, no ignoras la escasez de los bienes indispensables para la vida, hasta el punto de que re-

partidos equitativamente sería repartir la miseria y no el bienestar. La producción máxima que nosotros hemos obtenido la debemos, sobre todo, a los progresos de las ciencias. La supresión casi total de las clases urbanas fué también muy ventajosa para la agricultura. Las gentes de tienda y de escritorio se distribuyeron entre las fábricas y los campos.

¡Cómo!—exclamé—¿Han suprimido las ciudades? ¿Y París?

—Está casi desierto—respondió Miguel—La mayor parte de las casas de cinco pisos, mal sanas y asquerosas, desde vivían los ciudadanos de la era pasada, se desplomaron y no han vuelto a ser levantadas. Se construía mal en el siglo XX. de aquella era infeliz. Conservamos edificios más antiguos y mejores donde instalamos nuestros museos. Hay abundantes museos y bibliotecas donde instruirnos. También se ha conservado algo del Ayuntamiento; su arquitectura fué desdichada y frágil, pero se realizaron en él importantes acciones. Como no tenemos tribunales, ni comercio, ni ejércitos, hablando con propiedad, tampoco tenemos ciudades.

Sin embargo, la población es mucho más intensa en unos puntos que en otros; y a pesar de la rapidez de comunicaciones, los centros metalúrgicos y mineros están mucho más poblados.

—Pero ¿qué oigo?—le pregunté—. ¿No hay tribunales? ¿Suprimieron los crímenes y los delitos?

—Los crímenes durarán tanto como la vieja y triste Humanidad; pero el número de los criminales ha disminuído al disminuir las desdichas. Los barrios populosos de las ciudades eran un vivero de crímenes; ya no existen ciudades populosas. El telégrafo sin hilos extiende la seguridad por todo

el territorio y a todas horas, también tenemos fortificaciones eléctricas. En cuanto a los delitos, dependían menos de la perversidad de los acusados que de los escrúpulos de los jueces. Ahora que no existen legisladores ni jueces y que la justicia es administrada por los mismos ciudadanos que se turnan en el desempeño de tales funciones, muchos delitos desaparecieron, sin duda por que no se los reconoce como tales.

Así discurría Miguel, mientras maniobraba en su aeroplano. Recojo el sentido de sus palabras lo más exactamente posible, y lamento que, por falta de memoria, no me sea posible reproducir todas las expresiones, y principalmente los giros de su lenguaje. El panadero y sus contemporáneos hablan de un modo que me sorprende, no solo por la novedad del vocabulario y de la sintaxis, sino por su expresiva concisión.

Miguel se detuvo sobre la terraza de una casita modesta, muy agradable.

—Ya hemos llegado— me dijo—, esta es mi vivienda. Cenarás con algunos compañeros dedicados, como yo, a la estadística.

—¿Pero es usted estadístico? Le creí panadero.

—Soy panadero durante seis horas, mientras dura la jornada que fijó hace un siglo el Comité federal, y el resto del día lo dedico a la estadística; es la ciencia que ha reemplazado a la historia. Los antiguos historiadores referían las acciones brillantes de un corto número de hombres; los nuestros registran todo lo que se produce y todo lo que se consume.

Después de hacerme pasar por un gabinete de hidroterapia instalado en el piso más alto, bajamos al comedor alumbrado con luz eléctrica, y cuyas paredes eran blancas, sin otro adorno que un friso esculpido de fresales en flor. Sobre la mesa de loza

coloreada veíase una vajilla de reflejos metálicos.

Tres personas estaban allí. Miguel los nombró:

Morin, Perceval, Cherón.

Los tres llevaban trajes muy parecidos: una blusa de rela cruda, un pantalon de terciopelo y medias grises. Morin lucía una venerable barba. Cherón y Perceval no tenían pelo en la cara. Su cabello abundante, cortado, y el brillo de sus ojos, indicaban su mocedad, pero sospeché que fueran mujeres. El rostro de Perceval era hermoso a pesar de haber perdido su lozania; el de Cherón un verdadero encanto. Miguel me presentó a sus camaradas:

—Os traigo al compañero Hipólito, llamado también Drufesne, que ha vivido entre los metis en las provincias negras de los Estados Unidos de Africa. No le fué posible comer a las once. Debe tener hambre.

Me sirvieron unos trocitos de algo que no era desagradable, pero cuyo sabor yo desconocía. Ví sobre la mesa muchas clases de queso. Morin me sirvió una cerveza muy clara, y me dijo que bebiese cuanta quisera, sin miedo a emborracharme, porque la fabricaban sin alcohol.

—Me parece bien—exclamé—. Veo que les preocupan los peligros del alcohol.

—Apenas existen—adujo Morin—. Se consiguió reprimir el alcoholismo antes de terminar la era pasada. Sin esto, hubiera sido imposible impedir el nuevo aejimen; un proletariado alcohólico es incapáz de emanciparse.

—¿No han intentado también—pregunté, mientras paladeaba un bocadito de los que tenía en el plato—perfeccionar la alimentacion?

—Camarada—respondió Perceval—, sin duda te refieres a la alimentacion química. No ha hecho aún muchos progresos. Fué inútil encargar de

nuestras cocinas a los químicos... Su extractos no valen nada. Ya se dosifican acabadamente los alimentos calóricos y los alimentos nutritivos, pero comemos de un modo casi tan burdo como los hombres de la otra era, y casi gozamos tanto como ellos en las comidas.

—Nuestros sabios—dijo Miguel—tratan de establecer una alimentación racional.

—Eso es una niñería—replicó el joven Cheron.—No puede hacerse nada importante mientras no se suprima el intestino grueso, órgano inútil y perjudicial, foco de infección microbiana... Pronto se logrará.

—¿De qué manera?—pregunté.

—Extirpándolo, sencillamente. Y una vez obtenida por un procedimiento quirúrgico sobre un número considerable de individuos, la supresión tenderá a establecerse por herencia y acabará generalizándose a toda la raza.

Aquellas gentes me trataban con benevolencia y me hablaban con afecto; pero yo no me amoldaba fácilmente a sus costumbres ni a sus ideas, y comprendí que mi modo de ser y de pensar les eran por completo indiferente. Cuantas más atenciones tenía con ellos, menos les interesaba. No pude contenerme y le dije a Cherón algunas galanterías discretas a las cuales no se dignó contestar ni siquiera con una mirada.

Después de la comida le hablé a Morin, que me parecía inteligente y bondadoso, con tanta sinceridad que mis palabras le enternecieron:

—Señor Morin: yo no sé nada, y me hace sufrir cruelmente no saber nada. Se lo repito: vengo de lejos, de muy lejos. Le ruego que me indique de qué modo fué instituída la federación europea y cómo se haya establecido el presente orden social.

El viejo Morin respondió.

—Me preguntas la historia de tres siglos. Duraría su relato semanas y meses, y hay muchas cosas en que no puedo instruirte, por que tambien las ignoro.

Le supliqué muy encarecidamente que me diera por lo menos una breve noticia, como a los niños de la escuela. Entonces Morin se recostó en su butaca y dijo:

—Para saber cómo se constituyó la sociedad actual hay que remontarse mucho en el pasado.

«La obra capital del siglo xx de la era anterior fué la extinción de la guerra.

«El Congreso arbitral de La Haya, instituido en plena barbarie, no contribuyó mucho al mantenimiento de la paz; pero luego fué creada otra institucion más provechosa. En los Parlamentos de varios Estados formáronse agrupaciones de diputados que se pusieron en relacion directa y trataron de las cuestiones internacionales.

Como expresaban la voluntad pacífica de una muchedumbre creciente, sus resoluciones adquirían suma importancia y preocuparon a los Gobiernos, los cuales, hasta los mas absolutos, a excepcion del de Rusia ya en aquella época solían tomar en consideracion las opiniones populares. Lo que sorprende ahora es que nadie reconocía entonces, en aquellas reuniones de diputados representantes de todos los paises, el primer esbozo de un Parlamento internacional.

«Por lo demás el partido de la violencia era todavía poderoso, no solo en los imperios, sino hasta en la República francesa; y aun cuando el peligro de las guerras dinásticas y de esas guerras diplomáticas acordadas en torno de una mesa verde para mantener lo que se llama equilibrio europeo estaba definitivamente conjurado, en la difícil situacion industrial que atravesaba

Europa podía temer una terrible conflagración originada en el conflicto de los intereses comerciales.

«El proletariado, suficientemente organizado y sin tener aún conciencia de su importancia, no impidió las luchas a mano armada entre las naciones, pero supo disminuir su duración.

«Las últimas guerras fueron provocadas por esa locura furiosa del mundo viejo, que se llamó política colonial. Ingleses, rusos, alemanes, franceses, americanos, disputáronse fieramente en Asia y en Africa zonas de influencias, como decían, donde poder establecer con los indignas relaciones económicas fundadas en los atropellos y las matanzas. Destruyeron en Africa y en Asia todo lo que fué posible destruir. Luego sucedió lo que debía suceder: conservaron las colonias pobres que les costaban caras y perdieron las colonias prósperas. Y hubo en Asia un pueblo heroico y humilde que, instruido por Europa, se hizo luego respetar por la misma Europa. Fué un enorme servicio que realizó el Japon en aquellos tiempos bárbaros; la Humanidad le debe agradecimientos.

«Al finalizar ese período abominable de la colonización, se acabaron las guerras; pero los Estados conservaban aún sus ejércitos.

«Dicho esto voy a explicarte, para satisfacer tu deseo, los orígenes de la sociedad actual. Ha salido de sociedad precedente. En la vida moral, como en la vida individual, las formas se engendran las unas de las otras. La sociedad capitalista engendró, como tenía que ser, la sociedad colectivista. Al principio del siglo xx de la Era pasada se produjo en la industria una evolución memorable. A la escasa producción de los modestos artesanos, propietarios de sus herramientas, subs-

tituyó la producción en grande escala, movida por un agente nuevo de un maravilloso poder: el capital. Fue aquél un progreso importante.

—¿El régimen capitalista?—le pregunté.

—Si—me respondió Morin.—Ofreció a la Humanidad una fuente incalculable de riqueza. Como tuvo que reunir a los obreros en grandes masas y multiplicar su número, creó el proletariado. Al reunir los trabajadores, formó un inmenso Estado dentro del Estado, preparó su emancipación y les ofreció medios para conquistar el Poder. Sin embargo, el régimen que debía lograr en lo porvenir tan felices consecuencias, era justamente odiado por los trabajadores, entre los cuales hizo numerosas víctimas.

«No existe ningún bien social que no haya costado sangre y lágrimas. Por lo demás, ese régimen que había enriquecido la tierra, estuvo a punto de arruinarla: después de aumentar considerablemente la producción sintióse incapaz de reglamentarla, y se reveló desesperado entre dificultades invencibles.

«No ignorarás por completo, camarada, las perturbaciones económicas que llenaron el siglo xx. Durante los cien últimos años de la dominación capitalista, el desorden de la producción y el delirio de la concurrencia acumularon los desastres. Los capitalistas y los patrones crearon inútilmente, para reglamentar la producción y evitar la competencia, formidables agrupaciones. Sus empresas, mal concebidas produjeron inmensas catástrofes. Durante aquél período de anarquía, la lucha de clase fué ciega y terrible. El proletariado, tan abrumado por sus triunfos como por sus derrotas, aplastado por las ruinas del edificio que destruía sobre su cabeza, desgarrado por espantosas luchas internas: rechazaba con ciego furor

a sus mejores jefes y a sus mejores amigos, luchaba sin orden, en las tinieblas; pero conseguía poco a poco algunas ventajas: aumento de salario, disminucion de horas de trabajo, libertad creciente de organizacion y de propaganda, conquista de los Poderes públicos, progresos en la opinion asombrada. Se le creia sacrificado por sus divisiones y errores, pero todas las agrupaciones muy numerosas hállanse divididas y todas cometen desaciertos. El proletariado tenia a su favor la fuerza de las cosas. Alcanzó a fines del siglo, ese bienestar que permite ascender, insistir. Camarada: es indispensable que un partido sea ya fuerte para realizar una revolucion en provecho. A fines del siglo xx de la Era pasada, la situacion general mostróse muy favorable al desenvolvimiento del socialismo. Cada vez mas reducidos los ejércitos permanentes a medida que el siglo avanzaba, fueron al fin abolidos, a pesar de la obstinada resistencia que opucieron los Poderes públicos y la burguesía posesora, por las Camaras de sufragio universal, bajo la presion firme del pueblo de las ciudades y de los campos. Desde mucho antes los jefes de los Estados no hacían ostentacion de sus ejércitos, no sostenían ni esperaban ya otras guerras que las indispensables para sostener en el interior a las muchedumbres proletarias. Cedieron al fin. Los ejércitos regulares fueron reemplazados por milicias educadas en ideales socialistas. Como ya no las apoyaban los cañones y los fusiles, derrumbáronse las monarquías unas tras otras, y fueron reemplazadas por las repúblicas. Unicamente Inglaterra, que supo estalecer previamente un régimen soportable para los obreros, y Rusia que persistía en ser imparcial y teocrática, se mantuvieron alejadas de la inmensa reforma. Temíase que la Europa re-

publicana inspirase al Zar sentimientos análogos a los que inspiró a Catalina la Revolución francesa, y que lanzara sus ejércitos para combatirla; pero su gobierno había caído en ese letargo de ignorancia y de imbecilidad a que solo alcanzan en sus decadencias las monarquías absolutas. El proletariado ruso, unido a los intelectuales, se sublevó; después de una serie espantosas de atentados y degollinas, los revolucionarios, ya dueños del Poder implantaron el régimen representativo.

«La telegrafía y la telefonía sin hilos pusieron en comunicación los mas distantes confines de Europa, y su manejo era tan fácil, que el hombre mas humilde podía hablar cuando y como quisiera con otros hombres colocados en cualquier punto del globo. Llovían en Moscov frases colectivistas. Los campesinos rusos oían desde sus camas los discusiones de los camaradas de Marsella y de Berlin. Al mismo tiempo la dirección aproximada de los globos y la dirección precisa de las máquinas voladoras se pusieron en práctica. Aquello fué la supresión de las fronteras, la hora crítica. El instinto patriótico despertó en los corazones de los pueblos, tan dispuestos a unirse para constituir una sola Humanidad. En todos los países al mismo tiempo resplandeció y se avivó la fe nacionalista. Como no había reyes, ni ejércitos, ni aristocracia, aquel movimiento imponente, se revistió de un carácter popular y tumultuoso. La República francesa, la República alemana, la República española, la República italiana, la República húngara, la República rumana, la suiza y hasta la belga, expresaron por un voto unánime de sus Parlamentos y en formidables mítines, la resolución solemne de defender contra toda agresión extranjera el territorio nacional y la industria nacional. Fueron promulgadas leyes enérgicas, las

cuales reprimían el contrabando de las máquinas voladoras y reglamentaban con severidad el uso de la telegrafía sin hilos. En todas partes fueron reorganizadas las milicias, conformándose al tipo antiguo de los ejércitos permanentes. Reaparecieron los viejos uniformes, las botas altas, los dolmans, los plumeros de los generales; en París arrancaron aplausos las gorras de pelo; todos los comerciantes y no pocos obreros lucían la escarapela tricolor; en todos los centros metalúrgicos se fundían cañones y blindajes; se auguraban guerras terribles. Ese furioso impulso duró tres años y, sin haber producido choque alguno, se calmó insensiblemente. Las milicias recobraron el aspecto y las ideas de los burgueses; la unión de los pueblos, que pareció empujada hacia una lejanía fabulosa, estaba muy cerca. Las energías pacíficas desenvolvíanse constantemente. Los colectivistas lograban poco a poco la conquista de la sociedad, y llegó un día en que los capitalistas vencidos les abandonaron el Poder.

—¡Vaya un cambio!— exclamé.— No hay ejemplo en la historia de una revolución semejante.

—Dices bien, camarada— prosiguió Morin—, el colectivismo llegó a tiempo. Los socialistas no hubieran podido suprimir el capital y la propiedad individual, si esas dos formas de la riqueza no se hallaran ya casi destruidas en el fondo por el esfuerzo del proletariado, y más aun, por las nuevas orientaciones de la ciencia y de la industria.

«Creyése que Alemania sería el primer estado colectivista. Como el partido obrero alemán llevaba ya cien años de organización, las gentes decían: «El socialismo es una cosa alemana». Francia, menos prevenida, sin embargo pasó delante. La revolución social estalló primero en Lyon, en Li-

lle y en Marsella, con el himno «La Internacional». Paris resistió medio mes, y enarboló al fin la bandera roja. Al día siguiente se proclamaba en Berlin el Estado colectivista.

«El triunfo del socialismo dió por resultado la «union de los pueblos». Los delegados de todas las repúblicas europeas, reunidos en Bruselas, proclamaron la constitución de los Estados Unidos de Europa.

«Inglaterra no quiso intervenir, pero se alió al nuevo réjimen. Aun cuando conservaba su rey, sus lores, y hasta la peluca de sus jueces, era y socialista. El socialismo dominaba entonces en Oceanía, en Chile, en el Japon y en una parte de la extensa República rusa.

El Africa negra, que había entrado en la fase capitalista, formaba una confederación sin homogeneidad. La Union Americana había renunciado poco antes al militarismo fabril y mercantil. Por lo tanto, la situación del mundo era favorable al libre desenvolvimiento de los Estados Unidos de Europa. Esa union, acogida con gozo delirante, fué seguida por medio siglo de perturbaciones económicas y de miserias sociales. Ya no quedaban ejércitos y apenas había milicias. Los movimientos populares no estallan violentamente cuando no se sienten oprimidos; pero la inexperiencia o la mala intención de los gobiernos locales mantuvo un desorden ruinoso.

«Cincuenta años despues de la constitución de los Estados, las desilusiones eran tan crueles, ofrecíanse dificultades de tal modo invencibles, que hasta los espíritus mas optimistas comenzaron a desmayar. Sordos crujidos anunciaban en todas partes el desquiciamiento de la Union. Entonces fué cuando la dictadura de un comité, compuesto por catorce obreros, puso fin a la anar-

quía y organizó la Federación de las naciones europeas tal como existe al presente. Unos dicen que los Catorce desplegaron un genio adivinador y una energía terrible; otros pretenden que eran personas vulgares, aterrorizadas y empujadas por la necesidad, y que presidieron, casi a su pesar, la organización espontánea de las fuerzas sociales. Lo cierto es que no iban contra el curso de los acontecimientos. La organización establecida entonces aun subsiste hoy por entero. La producción y el consumo de los bienes se realiza de un modo análogo al que, bajo el gobierno de los Catorce, se reglamentó. Con justicia se consideró aquella etapa como principio de la Era nueva.

Morin expuso luego muy ligeramente, los fundamentos de la sociedad en que vivía:

—Descansa—dijo—en la supresión absoluta de la propiedad individual.

—¿Y eso no resulta intolerable?—preguntó.

—¿Por qué ha de resultar intolerable? Antiguamente en Europa, el Estado cobraba impuesto; disponía de recursos de su propiedad. Ahora lo mismo podríamos llamarle dueño de todo. Sin embargo, es mas justo decir que somos nosotros los dueños de todo, ya que el Estado no se diferencia de nosotros y se reduce a ser la expresión de la colectividad.

—Pero—aduje—, ¿ustedes no son dueños de nada, ni siquiera de los platos en que comen, ni de los colchones en que duermen, ni de sus ropas?

Al oír esta pregunta, Morin sonrió:

—Eres aun mucho mas cándido de lo que yo creía, Hipólito.

¿Imaginas que no somos dueños de nuestros muebles? ¿Qué idea te formaste de nuestros gustos, de nuestros instintos, de nuestras necesidades,

de nuestro género de vida? ¿Nos creiste una especie de frailes, como los hubo antiguamente, hombres desprovistos de todo carácter individual e incapaces de imprimir un sello propio a lo que les rodea? Te has equivocado, amigo mío. Somos dueños de los objetos destinados a nuestras necesidades y a nuestro bienestar; los tenemos en mayor estima que a los burgueses de la Era pasada les inspiraron sus cachivaches, porque sentimos un gusto más acentuado y un sentimiento más vivo de las formas. Todos nuestros camaradas algo cultos, poseen objetos artísticos de los que se muestran celosos; Cherón tiene en su casa cuadros que la encantan, y juzgaría injusto que el comité federal la privase de su posesión; yo conservo en ese armario dibujos antiguos, la obra casi completa de Steinlen, uno de los artistas más estimados de la Era pasada, y no les daría por todo el dinero del mundo.

«¿De dónde sales Hípólito? Te dicen que nuestra sociedad se funda en la supresión total de la propiedad individual, y supones que dicha supresión alcanza a los muebles y a los objetos usuales. Pero ¡escucha, hombre sencillito! : la propiedad individual totalmente suprimida, es la de los medios de producción: suelo, canales, caminos, minas, material, herramientas, etc., etc.; no es la propiedad de una lámpara o de un mueble. Anulóse la posibilidad de que recayeran en provecho de uno o de varios individuos los frutos del trabajo, pero nadie negó la natural e inocente posesión de los objetos amigos que nos rodean.

Morin explicóme inmediatamente la distribución de los trabajos intelectuales y manuales entre todos los miembros de la comunidad y conforme a sus aptitudes:

—La sociedad colectivista— dijo— no sólo difiere de la sociedad capitalista en que todo el mundo atiende a un trabajo. Durante la Era pasada, mientras unos vivían sin trabajar, trabajaban otros excesivamente. Nuestra sociedad se distingue de las anteriores, porque ninguna de ellas tuvo norma de trabajo, y se trabajó mucho en cosas inútiles. Los obreros producían sin método, sin orden ni concierto; había en las ciudades una muchedumbre de militares, de jueces, de tenderos, de sacerdotes, de empleados, que trabajan sin producir: el fruto del esfuerzo no estaba repartido. Las aduanas y las tarifas establecidas para remediar el mal, lo agravaron. Todo el mundo sufría. La producción y el consumo se hallan al presente bien ordenados. Nuestra sociedad difiera de la antigua en que reparte por igual los beneficios de la máquina, cuyo uso en la edad capitalista fué con frecuencia desastroso para los trabajadores.

Mostréme curioso de saber hasta que punto era posible constituir una sociedad completamente formada de obreros.

Morin me advirtió que las aptitudes del hombre para el trabajo son generales, y constituyen uno de los caracteres de la raza.

—En los tiempos bárbaros, y hasta el fin de la Era pasada, los aristócratas y los ricos mostraron siempre inclinaciones hacia los trabajos corporales. Ejercitaron poco su inteligencia, y en casos excepcionales nada más, pero su instinto les condujo empre a diversiones activas, como la caza y la guerra, en las que toma el cuerpo más parte que la inteligencia. Montaban a caballo, guiaban coches, esgrimían las armas y tiraban a la pistola. Puede decirse que todos sus entretenimientos eran manuales, y también que todos eran inútiles o dañinos, porque un perjuicio les impedía consagrar-

se a cualquier trabajo útil o bienhechor, sin duda porque los trabajos útiles en su tiempo se realizaban con frecuencia en condiciones deprimentes y vergonzosas. No ha costado mucho dignificar los trabajos útiles y hacerlos agradables a todo el mundo. Los hombres de las edades bárbaras enorgullecíanse al empuñar un sable o una escopeta; los hombres de ahora se enorgullecen al manejar una azada o un martillo. Hay en la humanidad un fondo invariable.

Cuando me dijo Morin que se había perdido hasta el recuerdo de la circulación de toda moneda, le pregunté:

—¿Cómo realizan ustedes las transacciones?

—Cambiamos los productos valiéndonos de bonos análogos al que tú has recibido, camarada, los cuales representan las horas de trabajo realizado. Se valoran los productos por la duración del trabajo invertido en ellos. El pan, la carne, la cerveza, un traje, un aeroplano representan X horas, X días de trabajo. De cada uno de esos bonos que recibimos, la colectividad, o como se decía en otros tiempos, el Estado, descuenta un cierto número de minutos para saldar las obras improductivas, las reservas alimenticias y metalúrgicas, los asilos, los hospitales, etc., etc.

—Y el número de esos minutos—interrumpió Miguel—va en aumento. El Comité federal ordena demasiadas obras importantes, que nosotros costeamos. Las reservas también son excesivas. Los almacenes públicos rebosan riquezas de todas clases. Allí duermen los minutos de nuestro trabajo. Se cometen aún muchos abusos.

—Sin duda—replicó Morin—podrían hacerlo mejor. La riqueza de Europa, acrecentada por el trabajo general y metódico, es inmensa.

Yo quería saber si aquellas gentes no usaban

otra medida de trabajo que el tiempo invertido en él, y si la jornada del cavador o del albañil era para ellos lo mismo que la del químico o la del cirujano; y se lo pregunté ingenuamente.

—La pregunta es un poco necia— exclamó Perceval.

Pero el viejo Morin se brindó a explicármelo:

—Todos los estudios, todas las investigaciones, todos los trabajos que concurren a mejorar y hermostrar la vida, alientan en nuestros talleres y nuestros laboratorios. El Estado colectivista favorece los estudios. Estudiar es producir, puesto que no se produce sin estudio. El estudio, como el trabajo, da derecho a la existencia. Los que se dedican a largas y difíciles investigaciones, asegúranse una existencia tranquila y respetable. Un escultor modela en quince días el boceto de una estatua, pero ha trabajado cinco años para aprender a modelar; y durante cinco años el Estado paga su boceto. Un químico descubre en algunas horas las propiedades singulares de un cuerpo, después de haber empleado meses en aislar ese cuerpo y años en capacitarse para la experiencia: durante todo aquel tiempo ha vivido a expensas del Estado. Un cirujano opera un tumor en diez minutos, pero sólo puede hacerlo a los quince años de estudio y de práctica: en todo aquel tiempo recibió los bonos del Estado. Por consiguiente cuando un hombre realiza en un mes, en una hora, en un instante, los frutos de su vida laboriosa, devuelve de una vez a la colectividad lo que había recibido día por día.

—Sin contar que nuestros famosos intelectuales— dijo Perceval,—nuestros cirujanos, nuestras doctoras, nuestros químicos, saben aprovechar muy bien sus trabajos y sus descubrimientos para acrecer desmesuradamente sus goces. Se procuran

máquinas aéreas de sesenta caballos, palacios, jardines, parques inmensos. En jeneral son jentes ansiosas de acaparar los goces de la vida, que para ellos transcurre aún más deleitable y espléndida que la de los burgueses en la Era pasada. Lo peor es que la mayoría no pasan de ser unos imbéciles, a los cuales debieran contratar en los molinos, como a Hipólito.

Di las gracias. Miguel asintió a lo que decía Perceval, y se quejó amargamente del prurito del Estado que engordaba a los químicos, en detrimento de otros buenos trabajadores.

Pregunté si al negociar los bonos tenían sus alzas y sus bajas.

—Está prohibido negociar los bonos— me respondió Morin;—pero en realidad, no se evita completamente. Hay entre nosotros, como hubo siempre entre los hombres, avaros y pródigos, laboriosos y holgazanes, ricos y pobres, felices y desgraciados, alegres y descontentos. Pero todos viven, y bastante se ha conseguido.

Permanecí un momento caviloso; luego dije:

—Señor Morin: al oír'e me parece que han realizado en lo posible la igualdad y la fraternidad; solo temo que haya sido a expensas de la libertad, la cual es para mí el don más preciado.

Morin encogióse de hombros:

—No hemos establecido la igualdad, porque ignoramos lo que significa, pero hemos asegurado la existencia de todos al honrar el trabajo. Si ahora el albañil se considera superior al poeta o el poeta más digno que el albañil, es cuenta suya. Todos nuestros trabajadores imaginan que su trabajo es el primero del mundo. Hay más ventajas que inconvenientes en esto.

Camarada Hipólito: me parece que has leído mucho los libros del siglo XIX de la Era termina-

da, que ya no interesan a nadie; hablas un lenguaje que apenas conocemos. Aquí no se concibe fácilmente que los amigos del pueblo tomaran en otro tiempo la divisa: «Libertad, Igualdad, Fraternidad». La libertad no puede existir entre nosotros, puesto que no existe en la naturaleza. No hay seres libres. Antiguamente llamaban un hombre libre al que sólo dependía de las leyes; y esto es pueril. Se hizo un uso tan extraño de la palabra libertad en los últimos tiempos de la anarquía capitalista, que esa palabra acabó por expresar únicamente la reivindicación de los privilegios. La idea de igualdad es menos razonable aún y más perniciosa, porque supone un falso ideal. No hemos de investigar si los hombres son iguales entre sí; lo que nos interesa es que cada uno dé todo lo que pueda dar y reciba todo lo que necesite. En cuanto a la fraternidad, ya sabemos de qué manera los hermanos trataron a los hermanos durante muchos siglos. No decimos que los hombres sean malos, pero tampoco decimos que sean buenos. Son como son; y viven en paz, mientras no tienen motivos que les impulsen a la guerra. Una sola palabra explica nuestro mecanismo social: «Armonía». Vivimos armónicamente, porque todas las aptitudes humanas obran ahora de acuerdo.

—En los siglos pasados— lo dije— agradaba más poseer que gozar. Y me parece que, por el contrario, aquí gusta más el goce que la posesión. ¿Acaso no resulta doloroso carecer de bienes que legar a sus hijos?

—En los tiempos capitalistas— replicó vivamente Morin— ¿cuántos hombres dejaban herencia? Uno entre mil, acaso uno entre diez mil. Sin tener presente que muchas generaciones desconocieron la libertad de testar. Y, después de todo,

la transmisión de bienes pudo ser acertada mientras hubo familia; pero ahora . . .

—¡Cómo! — exclamé, — ¿no viven ustedes en familia?

Mi sorpresa pareció cómica a la camarada Cherón.

—Sabemos, en efecto— me dijo, — que el matrimonio subsiste entre los cafres. Nosotras las europeas no nos desposamos; y si nos desposamos, la ley lo ignora. No creemos que el destino de un ser humano pueda supeditarse a una palabra. Queda, sin embargo, algún resto de las costumbres de la Era pasada. Cuando una mujer quiere, jura fidelidad sobre los cuernos de la luna; pero ni el hombre ni la mujer contraen compromiso duradero; no se ligan por nada; y sin embargo, no es inverosímil que su amorosa unión dure toda su vida. Despreciarían uno y otro el disfrute de una fidelidad conservada por un juramento y no por sus conveniencias físicas y morales. Nadie debe a nadie nada. En otro tiempo el hombre persuadía a la mujer para que se creyera esclava de su amor. Ahora no somos tan inocentes; creemos que un ser humano sólo se pertenece a sí mismo; amamos cuando nos place y a quien nos place.

No nos avergüenza ceder al deseo; no somos hipócritas. Hace cuatrocientos años, los hombres ignoraban la fisiología, y este desconocimiento era motivo de grandes ilusiones y de crueles desencantos. Hipólito: digan lo que quieran los cafres, hay que subordinar la sociedad a la Naturaleza y no como se hizo durante largo tiempo, la Naturaleza a la sociedad.

Perceval confirmaba las afirmaciones de Cherón, y dijo luego:

—Para indicarte de qué manera el asunto sexual está resuelto en nuestra sociedad, te diré,

Hipólito, que en muchas fábricas el delegado administrador no pregunta siquiera al obrero si es hombre o mujer. El sexo de una persona no interesa a la colectividad.

—Pero ¿y los hijos?

—¿Qué, los hijos?

—No quedan abandonados, puesto que no hay familia?

—¿Cómo puede ocurrírsete idea semejante? El amor maternal es un instinto muy poderoso en la mujer. Si en la espantosa sociedad pasada hubo madres que desafiaban la miseria y la deshonra para criar a sus hijos naturales, ¿cómo es posible que nuestras mujeres, libres de la deshonra y de la miseria, no amamenten a sus pequeñuelos?

Entre nosotros abundan las excelentes compañeras y las madres cariñosas; pero ya es muy considerable, y aumenta de día en día, el número de mujeres que prescinden por completo de los hombres.

Cherón hizo a este propósito una observación bastante extraña:

—Tenemos acerca de los caracteres sexuales—dijo—nociones que ni siquiera pudo sospechar la salvaje sencillez de los hombres de la Era pasada. Porque hay dos sexos, y sólo hay dos, creían que un hombre lo es en absoluto; siempre hombre; y una mujer siempre mujer, en todo y por todo. La realidad lo contradice; hay mujeres demasiado femeninas, y otras que apenas lo son. Tales variaciones, de antiguo disfrazadas por el traje y el género de vida, encubiertas por los prejuicios, no sólo aparecen claramente en nuestra sociedad, sino que se acentúan y se hace mas notorias en cada generación. Desde que las mujeres trabajan como los hombres, ejecutan y reflexionan como los hombres, vense muchas que parecen hombres.

Acaso llegaremos por ese camino a crear seres neutros, «individuos obreros», como se dice de las abejas, lo cual sería un gran adelanto, porque aumentaría el producto sin aumentar la población de una manera desproporcionada con los recursos necesarios. Tan peligrosa resulta la escasez como el exceso de natalidad.

Agradecí a Perceval y a Cherón los informes que me facilitaban acerca de asuntos interesantes, y pregunté si la instrucción estaba descuidada en la sociedad colectivista y si aún había una ciencia especulativa y artes liberales.

El viejo Morín me respondió:

—La instrucción está muy extendida. Todos los camaradas reciben suficiente cultura; pero ni saben todos lo mismo, ni se les enseña nada inútil. A nadie se le ocurre ahora estudiar Teología ni Derecho. Cada cual elige entre las artes y las ciencias lo que más le agrada. Conservamos bastantes obras de otros tiempos, a pesar de que la mayor parte de los libros impresos antes de la Era nueva, se han perdido. Aún se imprimen libros, acaso ahora más que nunca; sin embargo, la tipografía tiende a desaparecer y será reemplazada por la fonografía. Ya los poetas y los novelistas son editados fonográficamente y se ha imaginado para la publicación de obras teatrales una mezcla ingeniosa del fono y del cinemato, que armoniza la voz y el movimiento de los actores.

—¿Tienen ustedes poetas y autores dramáticos?

—No solo tenemos poetas, sino que tenemos poesía. Por primera vez hemos precisado el dominio de la poesía. Antes de nosotros eran expresadas en verso muchas ideas que resultarían mejor en prosa.

Se versificaban las narraciones, lo cual era una supervivencia de los tiempos en que se redactaron

en lenguaje rítmico las disposiciones legislativas y los aforismes de economía rural. Ahora los poetas dicen solo conceptos delicados que no tienen sentido, y su gramática su lenguaje, les pertenecen por completo, como sus rimas, sus asonancias y sus aliteraciones. En cuanto a nuestro teatro, es casi exclusivamente lírico. Un conocimiento exacto de la realidad y una vida sin violencias, nos hacen casi por completo indiferentes al drama y a la tragedia. La unificación de las clases y la igualdad de los sexos quitaron a la comedia casi todo su interés. Pero nunca fué la música tan hermosa ni tan estimada. Sobre todo, admiramos la sonata y la sinfonía.

Nuestra sociedad es muy favorable a las artes del dibujo, y han desaparecido muchos prejuicios fatales para la pintura. Nuestra vida es más clara y más bella que la vida burguesa, porque sentimos profundamente la forma. La escultura se halla más floreciente aún que la pintura desde que se aceptó a emplearla, con oportunidad y buen gusto, en el decorado de los edificios público y de las habitaciones particulares. Nunca se vió tan atendida la enseñanza de las artes. Para convencer basta que gúes tu aeroplano sobre una de nuestras calles, y te sorprenda el número de escuelas y de museos.

—Con todo eso—pregunté,—¿son ustedes muy felices?

Morin meneó la cabeza, y dijo:

No es propio de la naturaleza humana gozar de una dicha completa. No se puede ser feliz sin esfuerzo, y todo esfuerzo lleva consigo fatiga y dolor. Hemos logrado que la vida sea tolerable para todos; ya es bastante. Nuestros descendientes conseguirán más. Nuestra organización no puede ser inalterable. En cincuenta años se modificó

mucho, y los observadores sutiles suponen que nos inclinamos hacia profundas reformas. No es posible dudar que los progresos de la civilización humana se ofrezcan armoniosos y pacíficos en adelante.—¿No temen ustedes—le pregunté—que su civilización, tan grata y satisfactoria para los que la disfrutan, sea destruída por el desbordamiento de los bárbaros? Aun existen, según usted mismo indicó, en Asia y en Africa, extensos pueblos negros o amarillos que no entraron en este concierto social. Tienen ejércitos y ustedes no los tienen. Si les atacan. . .

—Nos hallamos bien defendidos. Solamente los americanos y los australianos podrían luchar contra nosotros, porque poseen tantos conocimientos como nosotros; pero nos separa el Océano, y el interés común asegura y prolonga su amistad. En cuanto a los negros capitalistas, aún usan armas de fuego, cañones de acero y todos los vejatorios del siglo XX. ¿De qué servirían esas antiguas herramientas contra una descarga de rayos Y? Nuestras fronteras están defendidas por la electricidad; circunda la Federación una zona de fluido eléctrico; un hombre, sin más armas que unos anteojos y guarecido en donde yo me sé, ante un teclado, constituye nuestro ejército: la bastaría poner un dedo sobre una tecla para pulverizar a quinientos mil invasores.

Morin se detuvo un momento, y luego prosiguió con voz más pausada:

—Nada podemos temer de los enemigos de fuera. Si acaso, de los interiores.

—¿Los hay?

—Sí; hay anarquistas y son numerosos, apasionados, inteligentes. Nuestros químicos, nuestros profesores, de Ciencias y de Letras son casi todos anarquistas. Atribuyen a la reglamentación

del trabajo y de los productos la mayoría de los males que afligen a nuestra sociedad. Suponen que la Humanidad sólo puede ser dichosa en el estado de armonía espontánea que debe suceder a la destrucción de todo lo que se ha organizado.

Son peligrosos, pero lo serían aún mas si los reprimiéramos. Ni podemos ni deseamos reprimir. En las edades bárbaras, los hombres creían ilusamente que la represion era eficaz. Nuestros padres suprimieron el orden jurídico. No lo necesitaban. Al suprimir la propiedad privada suprimían de un golpe el robo y el engaño. Desde que la electricidad nos defiende, no es posible atentar contra las personas. El hombre ha llegado a ser respetable para el hombre. Se cometen aún crímenes pasionales y se comentaran eternamente; pero esos crímenes, cuando no se los toma en cuenta, escasean cada vez mas. Toda nuestra organizacion judicial se compone de prohombres elegidos, que juzgan gratuitamente los abusos y las disputas.

Me levanté, y agradeciendo a mis compañeros tantas atenciones, pedí permiso a Morin para formular la postrera pregunta:

—¿Tienen ustedes religion?

—Las tenemos en abundancia. Y algunas bastante nuevas. Los franceses profesan la religion de la humanidad, el positivismo, el cristianismo y el esperitismo. En ciertas regiones quedan católicos aún; son ya escasos, y se hallan divididos en sectas, a consecuencia de los cismas que se produjeron en el siglo xx, cuando la Iglesia fué separada del Estado. De todo modos hace mucho tiempo que no hay Papa.

—Te equivocas—dijo Miguel,—Hay un papa todavía. Le coñocí por casualidad; se llama Pio XXV, y es tintorero en la vía dell'Orso, en Roma.

—¡Cómo!—exclamé—¿Un papa tintorero?

—¿Qué puede sorprenderte? Ha de tener un oficio como todo el mundo.

—¿Y su iglesia?

—Esta reconocida por algunos millares de personas en Europa.

Con estas palabras nos separamos. Miguel me advirtió que en la vecindad encontraría un aposento donde albergarme, y que Cherón me acompañaría, de camino para su casa.

La noche estaba iluminada por una claridad de ópalo, intensa y suave al mismo tiempo, que brillantaba como un esmalte la verdura de los jardines.

Yo iba junto a Cherón, y la contemplaba.

Sus zapatos sin tacones daban solidez a sus movimientos, aplomo a sus líneas; y aún cuando su traje de hombre la hiciera parecer algo rechoncha, tenía cierto aspecto arrogante al andar con la mano en el bolsillo. Miraba libremente a derecha y a izquierda. Era la primer mujer en quien yo pude advertir una curiosidad tranquila y una despreocupación satisfecha. Sus facciones dibujábanse con finura bajo el sombrero. Me irritaba y me encantaba. Temí parecerle ridículo y estúpido. Por lo menos, era indudable que me veía con soberana indiferencia. Sin embargo, me preguntó de pronto cual era mi ocupación. Respondí sin reflexionarlo que yo era electricista.

—También yo —me dijo ella.

Interrumpí la conversación prudentemente.

Sonidos incompresibles hacían vibrar el aire nocturno, tranquila y acompasadamente. Oíalos yo con espanto, como si fuesen la respiración del genio monstruoso de aquel mundo nuevo.

A medida que la observaba más y más, fué impresionándome aquella criatura, que me inspi-

raba un afecto avivado por una pizca de repul sion.

—Segun he comprendido—dije de pronto,— reglamentaron ustedes científicamente el amor, y es ya un asunto que a nadie perturba.

—Te equivocas —me respondió.—Sin duda nos vemos libres de la imbecilidad furiosa de la Era pasada, y el completo dominio de la fisiología pudo sustraernos a las barbaries legales y a los terrores teológicos. No tenemos una falsa y cruel idea del deber; pero las leyes que presiden la atraccion de los cuerpos continúan siéndonos desconocidas. El genio de la especie es ahora, como fué y será siempre, violento y caprichoso; y hoy como ayer el instinto es mas fuerte que la razon. Nuestra superioridad sobre los antiguos consiste menos en saberlo que en decirlo. Disponemos de una fuerza capaz de crear mundos: el deseo; y ¿quieres qué podamos reglamentarlas Es pedirnos mucho. Ya no somos bárbaros, pero no somos aún prudentes. La colectividad ignora en absoluto cuanto se refiere a las relaciones amorosas, que son como son: tolerables en su mayoría, raras veces exquisitas y algunas veces horribles. Pero no creas camarada, que el amor deje de perturbarnos.

Erame imposible discutir ideas tan extrañas. Encaminé la conversacion hacia el carácter de las mujeres. Cherón me dijo que las había de tres clase: apasionadas, indiferentes y curiosas. La pregunte a qué clase pertenecía ella.

Miróme con altivez, y me dijo:

—Hay tambien varias clases de hombre. En primer lugar los impertinentes...

Esta frase me la presentó mucho mas «contemporánea» de lo que había parecido hasta entonces: por cual me decidí a emplear un lenguaje pre-

pio en aquella ocasion, y despues de varias frases frívolas y fútiles, la pregunte:

—¿Quiere hacerme el favor de decirme su nombre?

—¿Supones que una mujer solo puede agradar llamándose Margarita, Teresa o Juana, los nombres de bautismo de las señoras de otros tiempos? —¿Cómo he de suponerlo, si usted me prueba lo contrario!

Quise clavar una mirada en el fondo de sus ojos, pero no me fué posible. Andaba como si no me oyese. La creí algo coqueta, y esto me satisfizo: Le dije y le repetí que me parecia encantadora y que la deseaba. Cuando la hube prodigado a mi gusto las galanterías de ritual, preguntóme:

—¿Qué significa todo eso?

Yo le hice manifestaciones mas apremiantes.

Ella me lo reprochó:

—Son modales de bárbaro.

—Porque no le gusto

—Yo no he dicho eso.

—¡Cherón! ¡Cherón! Le costaría tan poco...

Nos sentamos en un banco, a la sombra de un onmo. La cogí una mano, que acerqué a mi boca...

De pronto dejé de sentir y de ver...

.....

Me froté los ojos; ofuscados por la luz matinal, y reconocí a mi ayuda de cámara que, respetuosa y estúpidamente, me repetía:

—Señor, son las nueve, y el señor me dijo le despertase a las nueve. Vengo a decirle al señor que ya son las nueve.

FIN



■ "EL SOCIALISTA" ■

Es el diario propiedad de los obreros de la región salitrera que está diariamente difundiendo los nuevos conocimientos sociales y condenando las injusticias del régimen capitalista.

Todo federado debe adquirirlo diariamente, y hacerlo leer por los obreros que no lo leen, hasta conseguir que sean lectores diarios de "El Socialista."

Igual cosa debe hacerse con toda la prensa obrera donde quiera que nos encontremos.

